

La calle para el martes 16 de marzo de 2010
Diario de un espectador
por miguel ángel granados chapa

Después de la elección de los doctores Patrick Johansson y Leopoldo Valiñas como miembros de número de la Academia Mexicana de la Lengua, ocurrida en enero y febrero, esa corporación sufrió la pérdida de don Carlos Montemayor y don Enoch Cancino Casahonda. El primero, muerto el 28 de febrero, fue uno de los miembros más jóvenes de la Academia, pues habiendo nacido el 14 de junio de 1947, no llegaba a los cuarenta años de edad cuando fue elegido, el 30 de agosto de 1984 y aun cuando tomó posesión el 14 de marzo siguiente. A su vez, el doctor Cancino Casahonda, nacido el 6 de octubre de 1928 en Tuxtla Gutiérrez, Chis –capital del estado de Chiapas de que fue alcalde--, vivió allí hasta su muerte, y por eso fue miembro correspondiente de la Academia.

El tercer nuevo académico de número, elegido después de los días de luto referidos, es Vicente Leñero. Nació en Guadalajara en 1933, pero ya vivía en la ciudad de México cuando, hacia los veinte años, se halló presa de dos vocaciones, la escritura y la ingeniería (aunque acaso la dedicación a esta última tenía más que ver con los deseos familiares y con el entorno social que con un auténtico llamado del alma). Resolvió el dilema inscribiéndose en las dos escuelas correspondientes: la de periodismo de la Acción católica mexicana (que después llevaría, hasta el día de hoy el nombre de Carlos Septién García), y en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional, como parte de una de las primeras generaciones que recibió clases ya no en el Palacio de Minería sino en Ciudad Universitaria.

Estando allí, acudió con dos trabajos al Concurso nacional de cuento universitario, convocado en 1958. Presentó dos relatos, con seudónimos diferentes y aun mecanografiados en máquinas distintas. Por eso el jurado, presidido por Henrique González Casanova, sólo reparó en que los cuentos que recibirían el primero y el segundo lugares habían sido escritos por una misma persona cuando abrió las plicas de identificación. Ambas piezas fueron parte del volumen titulado *La polvareda y otros cuentos* que publicó la editorial Jus en 1959. Con ese libro se inició la andadura literaria y editorial del nuevo académico de la Lengua.

Lo siguió su primera novela, *La voz adolorida*, que después fue reescrita y vuelta a editar con el nombre de *A fuerza de palabras*, en lo que mostró uno de los signos profesionales del escritor, su aspiración a mejorar, a reescribir lo ya dicho, a dar nuevas formas a un texto, incluso uno que hubiera recibido consagración internacional. Ese es el caso de *Los albañiles*, premiado en 1963 en España por la editorial Seix Barral, que inició la presencia de las letras latinoamericanas en la antigua metrópoli. Inicialmente novela (objeto de innumerables ediciones), Leñero le dio forma teatral para su presentación en escena, y luego hizo de ella un guión para la película dirigida por Jorge Fons. Cada una de esas versiones, como la novela misma, fue también premiada.

Mientras era becario del Centro Mexicano de Escritores, donde sus trabajos fueron leídos por Juan José Arreola y Juan Rulfo, comenzó a escribir para ganar dinero, Hizo guiones para la televisión, experiencia que le sirvió para escribir su tercera novela, *Estudio Q*, y empezó también su trabajo como periodista profesional —aunque ya había practicado el oficio en el semanario *Señal*—en el magazine mensual *Claudia*, de Mex-Abriul